

EMMANUEL CARBALLO

Contra las Clasificaciones Tajantes

Por Francisco Guzmán

Iconoclasta, heterodoxo, anárquico, son adjetivos que convienen a Emmanuel Carballo porque su método crítico se ha ido conformando mediante todos aquellos conceptos que pugnan por la eliminación de los esquemas y las recetas. Si es verdad que a muchos ensayistas y críticos se les puede discutir su calidad de artistas de la palabra, no es menos cierto que hay algunos aptos para trocar sus ideas en materia poética. Emmanuel Carballo pertenece a los de este número. Pese a su poderío analítico, se mueve más a partir de intuiciones que de razonamientos. Su discurso —diríamos parafraseando un aforismo de Carlos Díaz Dufoo Jr. respecto a los buenos libros— está escrito con sangre, con bilis y, casi siempre, con luz. A semejanza de José Vasconcelos, no pone citas a pie de página ya que, aun cuando sus amigos le dicen a menudo aquello de tú que todo lo sabes y lo que no lo inventas, él está consciente de que todo lo crea y lo que no, lo puede responder gracias a sus conocimientos.

¿Cuáles son las principales tendencias de la literatura mexicana?

¿Desde Fernández de Lizardi, Altamirano o el Ateneo de la Juventud?

De Lizardi en adelante.

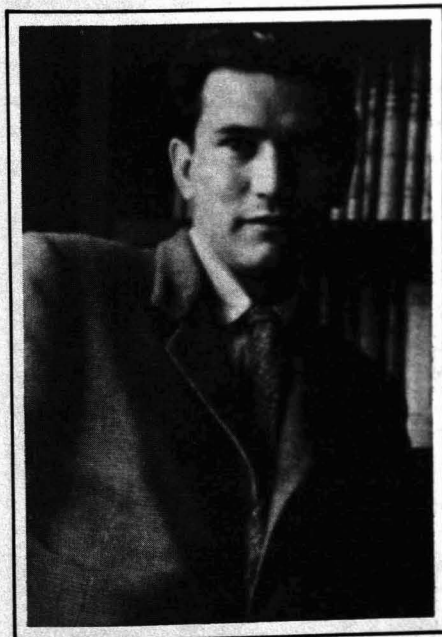
Se ha dicho infinidad de ocasiones que *El Pensador Mexicano* es el primer secretario de Instrucción Pública del país, un pedagogo que utiliza su producción literaria para servirle al pueblo como maestro de primeras letras. Si Miguel Hidalgo es el iniciador de la Independencia, José Joaquín Fernández de Lizardi es el autor que da el grito para que las letras nacionales se liberen de los cánones impuestos por el pasado colonial. No obstante quien

termina de emancipar a la patria es Iturbide; ese papel le corresponde a Altamirano.

Si pensamos en literatura pura y literatura ancilar, términos de Alfonso Reyes, la nuestra está inscrita en la segunda categoría, porque México es un país a medio hacer. Cuenta con un grupo culto, rico, sensible, que puede entender lo que ocurre en su capital, en París, Londres o Nueva York, pero que ignora cómo están viviendo los indios chiapanecos y los nayaritas; no conocemos a nuestros hermanos ni nos importa conocerlos, pues desgraciadamente nada tienen que ver con nosotros. Nuestras manifestaciones literarias inciden en lo sociológico, lo político y lo histórico; prácticamente pocas veces tocan lo puramente artístico. Empero, cuando se da el caso, surge un gran problema: en cada escritor hay casi siempre dos escritores, el bueno y el malo. Fernández de Lizardi, pese a los esfuerzos de sus

detractores, escapa a la escisión.

Recientemente encontré una carta donde Carlos María de Bustamante le dice a Morelos: "Aquí le mando estos periódicos de *El Pensador Mexicano* para que vea cómo ha traicionado a la causa este sinvergüenza." Me puse a verificar el juicio de Bustamante y descubrí que era exagerado. Lo que dijo Lizardi en una de sus hojas periódicas fue esto: que en la navidad (de 1810 o 1811) los productos procedentes de Veracruz, Puebla, Tlaxcala, El Bajío, no iban a llegar o estaban llegando en forma mermada y a precios elevados a la capital porque los insurgentes habían cometido grandes tropelías. Lizardi no entendió que las revoluciones las generan personas que se atreven a lanzarse contra el *statu quo*, personas capaces de responder violentamente a las agresiones, nunca los padres de familia sino gente que llama expropiación al "robo". Siempre hemos tratado de minimizar a nuestros personajes importantes que nos desagradan, desde Fernández de Lizardi hasta Octavio Paz, tachándolos de agentes de la CIA, izquierdistas anárquicos, homosexuales o alguna lacra que los descalifica moralmente; preferimos calumniarlos que estudiarlos a fondo. Estoy en contra de esas tajantes clasificaciones que tratan de invalidar la obra al detenerse en el talón de Aquiles del individuo. Todos los días se murmura de Octavio Paz, achacándole turbiedades ideológicas; se habla de dos Octavio Paz: el anterior a la Guerra Civil Española, que era un hombre de izquierda, y el posterior, que empieza a aprender trotskismo y termina siendo un hombre de derecha que si muchas veces no tiene razón defiende lúcidamente sus argumentos. Y al país le urge dialogar, que discutan



Emmanuel Carballo, 1958

los abanderados de las distintas posiciones políticas. La desgracia consiste en que no haya gente de izquierda lo suficientemente capaz para polemizar con él. Yo no soy su amigo desde el 65 (nos enojamos por cuestiones políticas), sin embargo es un autor al que respeto y admiro. No debemos negarle el valor a alguien porque no es de nuestro equipo de fútbol, partido político o iglesia. Así las cosas, tenemos dos Altamiranos: el indio con mentalidad de indio y el que piensa como blanco adinerado. Se podría jugar con esa dicotomía, pero en este momento no me siento maniqueo.

Por este camino llegaríamos a las dos tendencias que marca Luis Leal en su *Historia del cuento hispanoamericano: la social y la esteticista*.

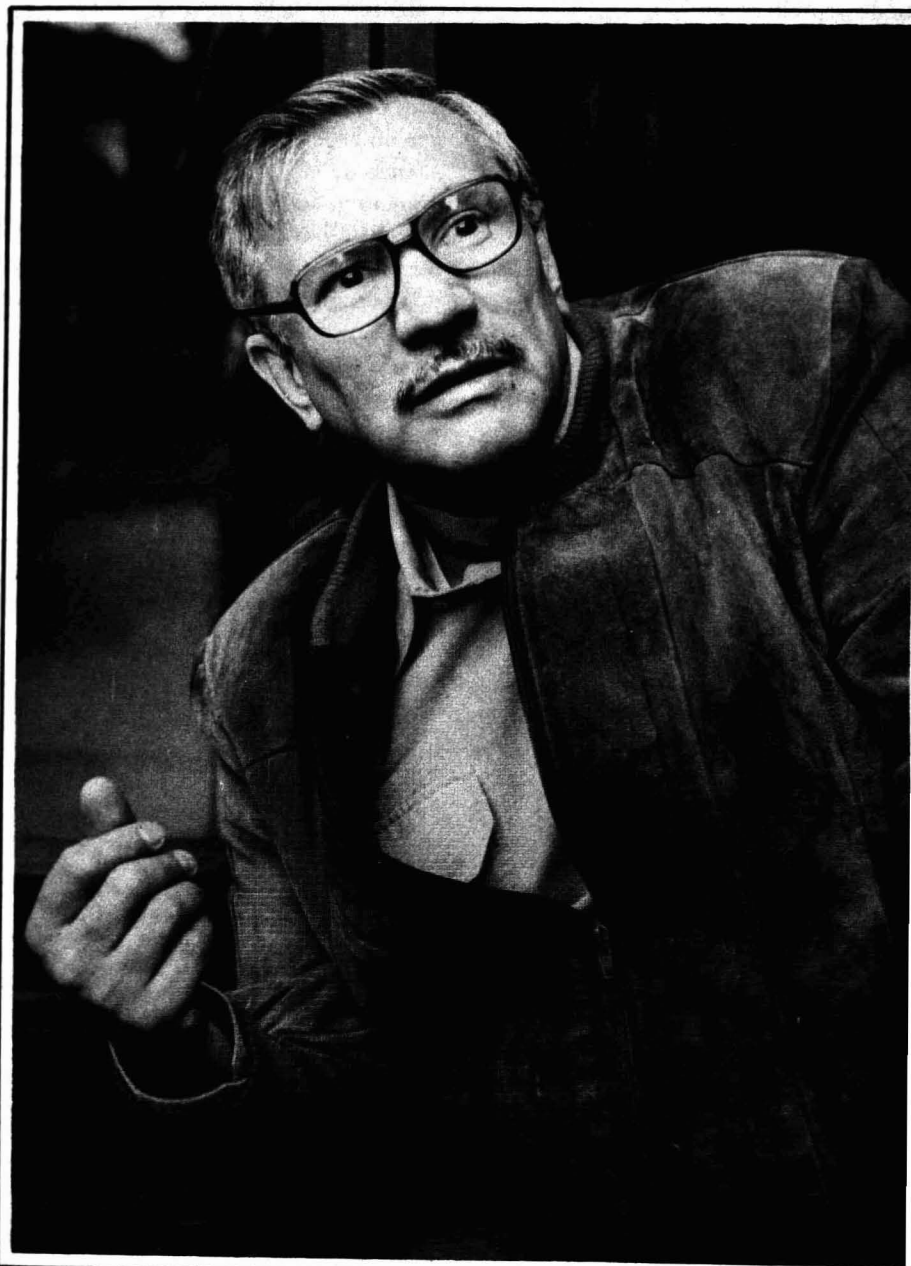
Sí, aunque la formulación de este concepto no corresponde a don Luis. Ya Altamirano en artículos teóricos publicados en sus Revistas Literarias lo expresa en forma categórica: en México los novelistas son una suerte de profesores de escuela primaria que deben contar en sus obras fundamentalmente historias de amor para que puedan ser leídos, principalmente por las mujeres, quienes son mayoría numérica como grupo lector, y tienen que mezclarlas con episodios de la historia patria; por ejemplo, en *Clemencia*, la lucha entre los franceses y los patriotas republicanos. Y puedes ver que algunos poetas tratan de guiar al pueblo y aconsejarle el curso que debe seguir la historia. Piensa en el *Romancero* de Guillermo Prieto, tan alabado por Altamirano y que hoy nos deja el ánimo imperturbable, sin emociones. Al lado de los autores comprometidos coexisten los autores que tratan de ser patriotas durante el día, pero que por la noche se encierran a hacer literatura a secas. Por otro lado, también está la producción de quienes no se interesan por el acontecer de su país, y se enclaustran de tiempo completo en sus gabinetes de trabajo: son reaccionarios y no luchan por transformar las condiciones de vida. En suma, yo estoy por la literatura doblemente comprometida: consigo misma y con el pueblo. Es evidente, hay una literatura semejante a un Amazonas, la social, y otra parecida a un riachuelo de tiempo de aguas, la puramente artística, que en ocasiones se

ve y en ocasiones desaparece, vuelve a brotar y vuelve a desaparecer, corre por debajo, regresa a la superficie y sigue conforme va pasando el tiempo, hasta que llega al siglo XX con el Ateneo de la Juventud, o quizá hasta finales del XIX y principios del XX con los poetas modernistas. Ya en ellos lo artístico es más importante que lo puramente histórico, político o social.

Pero además, como Alejo Carpentier, ¿podríamos hablar de un tercer estilo?

Un crítico de nuestro siglo XIX, cuyo nombre no recuerdo en este momento, decía que en cada obra literaria se establece una lucha dialéctica entre idealismo y materialismo, entre el impulso que se propone realizar valores artísticos y aquél que sólo piensa en producir valores sociales. Producto de esa lucha de contrarios es la obra que por una parte "artística" y por la otra "social". Y yo creo que en nuestra literatura esta coexistencia es muy rara; a finales del XIX y principios del XX

Al país le urge dialogar



conviven los más adelantados en poesía, los modernistas, y los neoclásicos rezagadísimos (casi siempre curas de remotas parroquias); y todavía deambulan por allí, especie de dinosaurios que no se resigna a morir, buenos muchachos que quisieron ser Víctor Hugo en su Nochistlán, Zacatecas o en su Huipanguillo, Jalisco o en su Tecpan, Guerrero. En prosa encuentras escritores costumbristas que siguen haciendo literatura a lo Guillermo Prieto, a lo Hilarión Frías y Soto; escritores que hacen realismo como el que en ese momento está en boga en Francia, Inglaterra y España; sus obras tienden hacia lo histórico; hay tipos como Federico Gamboa y Ciro B. Ceballos que hacen naturalismo. En ese momento coexisten, caso asombroso o único, neoclásicos, románticos, realistas, naturalistas y modernistas. Esto sólo puede ocurrir en un país subdesarrollado como el nuestro.

¿Entonces no hay organización posible?

En México es muy difícil hablar de que hay un momento neoclásico o un momento romántico. Desde 1821 hasta la derrota frente a Estados Unidos en 1847, se da el romanticismo, que se extiende y envuelve un poco a la generación de la Reforma, que practica un romanticismo social. Esta generación tiene su Ignacio Ramírez, que es a un tiempo un romántico y un neoclásico y

“Yo estoy por la literatura doblemente comprometida: consigo misma y con el pueblo”

encarna, como anticipación, lo que será un escritor parnasiano. Es muy complicado. Yo creo que habría que replantear toda la historia de la literatura mexicana. Pongo otro caso de coexistencia de lo que se va irremediamente y lo que está llegando para quedarse. Hace un par de años publiqué en “Sábado” de *Uno más uno* un artículo en el cual señalaba al Ateneo de la Juventud no como la primera generación revolucionaria del siglo XX sino como la última porfirista. Sin las escuelas y la paz de Porfirio Díaz (la tranquilidad, los maestros, los libros que llegan de Europa, el poder ir de Guadalajara a México y de México a Toluca y de Toluca a Morelia, y no te pasa nada porque hay seguridad) no hubiera nacido el Ateneo. Ahora, si analizas a Reyes, a Torri, a Caso y a

Henríquez Ureña, para citar sólo cuatro hombres clave, te percatas de que son personas que en el fondo se sienten molestas porque triunfó la Revolución y no siguió gobernando el porfirismo. Realmente los únicos revolucionarios de esa generación son José Vasconcelos y Martín Luis Guzmán; éste traiciona a Villa, yéndose a España con el dinero que el guerrillero le había dado para comprar parque en los Estados Unidos.

También en 23 o 24 abandona a los delahuertistas.

En resumidas cuentas es muy discutible la actitud revolucionaria de don Martín, de quien fui muy amigo. En *El compadre Mendoza*, Mauricio Magdaleno habla de cómo escribió ese relato en España y dice que allí se encontró a su expatriota Martín Luis Guzmán, y lo llama así porque Guzmán pidió la nacionalidad española y se la concedieron. Fue diputado a cortes y uno de los consejeros más escuchados por el presidente Manuel Azaña. Cuando don Martín se percató de que la República tenía los días contados, cerró su piso en Madrid y regresó a México. Aquí primero es cardenista (recuérdese su texto admirable “Maestros rurales”), después Ávila Camacho le da todas las facilidades para que funde su excelente revista *Tiempo*, primero de izquierdas y después francamente de derechas. Extraño caso el de Guzmán: como hombre de ideas es un liberal decimonónico y como narrador el prosista que inaugura un género muy del siglo XX, la novela política.

Pero en algunos de tus trabajos teóricos aludiste a la existencia de dos tendencias fundamentales y de múltiples generaciones.

En mi juventud me dormía creyendo en una hipótesis sobre la función que el escritor cumple en nuestras letras y amanecía convencido de la bondad de otra distinta. Hoy, quizá debido a la edad (acabo de cumplir los 57), soy menos entusiasta, ya no creo en que cada generación trae una manera muy suya de entender y expresar el mundo: creo únicamente en los casos individuales, en los escritores, y estoy convencido de que cada uno de ellos hace lo que puede y no siempre lo que debe. ◇



Emmanuel Carballo y Laura Carballo con Alfonso Reyes, 1958